

CRONICAS DE LA HABANA

Toni Ferrán



Capítulo 1

CRONICAS DE LA HABANA

Apenas habian dado las 12, medianoche en La Habana, República General de Cuba.

Rey se había levantado varias veces de la cama, intentó beber un poco de agua del caño de la cocina, pero su trabajo no fue fructífero, seguía cortada el agua. Además, su frigo se hallaba averiado, y su pomo de agua, normalmente lleno, yacía vacío. El doctor Reyaldo Azcorta, hijo de emigrantes vascos venidos a menos, prestaba sus servicios en la maternidad y no se diría por su aspecto que rondaba ya los 50 años. Compartía su humilde apartamentico con su compañera de vida y milagros, la Betty, pintora de vocación y repostera de hecho. Obtenía unos dólares creando keys para cumpleaños y fiestas de quinceañeras. Hacía más de 10 años que ambos vivían por Vedado, zona humilde de La Habana (como todos los demás barrios.)

A través de los años y desde su paso por la Universidad, Rey, vio marchar fuera de su entorno a sus mejores amistades de tiempos universitarios, todos condecorados por el régimen, varias zafas realizadas y campañas de alfabetización. Y que además fueron siempre puntales en las juventudes revolucionarias de sus respectivos barrios. Personas con espíritu, alma de líder, que siempre portaron las iniciativas universitarias adelante a través del partido. Todos ellos desencantados de la realidad y que se fueron sin decir adiós, más nunca se supo de ellos.

En noches calurosas como la que estaba sufriendo, Rey se imaginaba lo que el futuro les había deparado a sus viejos amigos. Asomado a la ventana de su apartamento, sintió el roce de los labios de Betty en su espalda. Ella sabía que en noches como aquella era cuando más necesitaba Rey sentirla junto a él. Pensaba en el sueldo miserable percibido como médico experimentado, como tantos otros médicos, hombres y mujeres que atendían a diario a tantas ciudadanas, con pocos medios y mucho corazón. ¿Quién tenía la culpa?, buscar culpables era fácil conseguir soluciones había sido el gran dilema de la isla durante los últimos 50 años. Añoraba a su amiga Janet, soñadora, y cuyo único afán era ser escritora, no médica, pero hacían falta médicos cuando ingresó en la universidad. Su amigo Raul, tan grande y tan noble, a él si le gustó siempre la medicina deseaba converen un gran cirujano, pero también tuvo que obedecer las órdenes recibidas, prestar servicio indefinido en maternidad.

Habían pasado unos años desde el asunto de Mariel, nos encontramos en el año 1996, en ese mes de Agosto habanero, a finales, donde el calor puede ser agobiante hasta que descarga un aguacero y tras él, aún se más el agobio. Los aromas húmedos, dulzones, se impregnan en la piel de cualquier transeúnte al que la lluvia sorprendió al descubierto en alguna gran avenida.

Como suele ocurrir en las calurosas noches del Agosto habanero, al sentir el contacto de Betty sobre él, Rey se giró y la besó con extrema dulzura en los labios, segundos después los muelles de la cama martirizaban a los vecinos de la pared contigua, ya saben, sexo habanero a altas temperaturas.

Rey se levantó temprano para intentar llegar a su consulta en maternidad a una hora decente, a pesar de que le flaqueaban las piernas. Se compuso con unos tejanos raidos y una camisa desteñida por el uso. Una vez más llegó fuera de horario, gracias a esas guaguas habaneras..... Cuando por fin llegó a su consulta la enfermera, Zulaima, ya lo había dispuesto todo, lo poco que había que disponer. Tenía a Zulaima como enfermera hacia más de 8 años compartía con ella las pequeñas alegrías y miserias diarias.

A veces conseguían algunas hortalizas del huerto anexo de maternidad, siempre compartía con ella y ella correspondía con algún tejano conseguido por sus hijos, en dólares, en uno de los diplomercados de la ciudad. Los vástagos de Zulaima se movían cambiando pesos en dólares y viceversa , en las zonas donde se movían los turistas, era una de sus múltiples actividades.

Cuando Rey marchaba a trabajar Betty recogía las tacicas con los posos de café aún calientes, el sobrecico de azúcar y el tesoro de los desayunos, "la mantequilla". Este manjar se lo conseguían una vez más, los hijos de Zulaima, que se manejaban de botones en el hotel Neptuno.

Tras recoger un poco el apartamentico, Betty se dispuso a hacer recuento de existencias, a fin de crear el key que le habían encargado hacia dos días . Indispensable para ello, serían huevo, azúcar y harina, todos ellos artículos que no se encontraban en bodega habitualmente, por cartilla.

Como siempre la colaboración de Yotuel y Albino , hijos de Zulaima, era indispensable para conseguirlo.

Frente a su apartamento de una planta, Betty tenía una gran amiga, Sofia, una indiscutible caradura y que tratándose de hombres, no respetaba ni a la santísima trinidad. Tiempo atrás Betty ya tuvo que pararle los pies, por qué le dio por tontear con Rey, aunque este no estaba por la labor ya que bastante problemas tenía en el hospital como para crearse otros en casa. Hay que mencionar en favor de Sofia, que

aquel fue un año de mucho calor, intenso, diría yo. A pesar de todo, era una buena amiga, dispuesta siempre a ayudar Betty y ella se conocían hacia muchos años, juntas estuvieron de pequeñas y luego en el preuniversitario. A Sofia le marchó a Miami el marido y los dos hijos cuando lo de Mariel, pero no perdió la sonrisa ni el buen humor, se amoldó a la nueva situación que le tocaba, como tantos otros cubanos. Seguía siendo a sus 46 años tremenda mulata echá palante. Recibía de vez en cuando algunos dólares que enviaban sus hijos desde Miami. Su esposo no escribió jamás ni dio señales de vida, una vez llegado a USA. Parece ser que una vez allí, peleó con sus hijos Yuri y Denison, separándose de ellos para no volver a verlos nunca más.

Para subsistir en aquella locura de ciudad, Sofia se fue convirtiendo en toda una institución de de la noche habanera, La Torre, Marina Hemingway y las discotecas para turistas más en boga de la ciudad, eran su campo de batalla nocturno. Disfrutaba a lo grande, buena ropa, inmejorable presencia y un saber estar que tiraba de espaldas al más plantado. En aquellos años, para cualquiera de las mujeres guapas de La Habana, en edad de merecer, el trasnochar era un modo de vida, era como montar en bicicleta, había que comer, llevar algo a casa y punto.

La hermana de Betty Blanca, se había casado con un español, Pablo, pero al contrario de lo que hacían algunas de sus amigas del Cerro, ella lo hizo enamorada. Pablo no tenía un centavo, todo lo que había ido ahorrando en años de trabajo, se lo había gastado en su primer viaje a Cuba, en el cual conoció a Blanca, comprando en un mercado del barrio. Todo fue a más y en su segundo viaje a la isla, se casaron por lo civil. Entre todo el papeleo administrativo, viaje y demás gastos en moneda USA, se quedó más pobre que una rata. Quedaron viviendo en casa de Lucrecia, mamá de Blanca, a pesar del poco espacio del que disponían se fueron apañando. De tanto en tanto, un familiar cercano de Lucrecia conseguía renovar el permiso de estancia de Pablo, por un tiempo más Pronto se acomodó a la vida cotidiana de la ciudad. Vestía bien y eso le permitía acceder a los hoteles importantes de la ciudad, contactaba con turistas españoles con poder adquisitivo y se encargaba de montarles una noche de diversión habanera. Paseos por toda la costa en El Galeón, cena en el castillo y recorrido por todas las discotecas en las que gastar su dinero, dejando por supuesto un pingue beneficio a los compadres de Pablo que en ellas trabajaban. El fin de semana, se iba con Joao, compañero de cama de Lucrecia, a Pinar del Rio o alguna otra población similar. Volvían con el viejo Buick de Joao cargado hasta los topes. Frutas, huevos, carne de puerco y si podían comprar a algún vecino de la villa un lechón, pues también lo pillaban. Todo ello se vendía más tarde en el barrio, en dólares, gracias a la red familiar de distribución y venta, artesanal, pero muy eficiente, este trabajo extra, daba de comer a unas pocas familias. En los viajes de vuelta, evitaban los problemas con la policía haciendo el papel de chofer y turista, si la cosa iba a mayores siempre se podía echar mano a unos dólares, que equivalían a muchos

meses de trabajo de estos dignos funcionarios.

Con dichos negocios, otros similares y algunos trabajos de manicura que realizaba Blanca, iban saliendo adelante, ahorrando para su vuelta a España en cuanto les fuese posible. Pablo era un asturiano de 32 años y Blanca acababa de cumplir 28, como buena cubana andaba ya por su primer divorcio a las espaldas. El español, o gallego, como a algunos les gustaba llamarle, se movía muy bien en el Cerro, conocía y era conocido. Su suegro, exmarido de Lucrecia y padre de las dos chicas, era todo un personaje en el barrio. Como muchos otros cubanos que pasaban de los 60, había residido en el tanque durante varios años de su azarosa vida. Fue en esa época que Lucrecia conoció a Joao , un negro honrado y amigo de sus amigos . Años más tarde se convertiría en camarada inseparable de Pablo, el asturiano. El suegro de Pablo , Ernesto, era albañil y pasó unos años trabajando en la villa Panamericana, tras lo cual hizo trabajos aquí y allá, manejándose en todo y en nada, según se mire. Un buen día lo cayeron al tanque por seis largos años, ahora jugaba al fútbol en la categoría de veteranos en un equipo integrado por policías y miembros del CDR, así procuraba de lavar su imagen de ex presidiario y conseguía le cayera algún trabajo de vez en cuando con el que ir tirando.

La pasión de Rey eran los vinilos, discos antiguos de jazz, sobre todo. A veces paseaba por los ercadillos de barato y conseguía alguno por unos pesos. No se había planteado nunca abandonar su isla, se hizo a la idea de vivir así, sobrellevando el día a día, con la esperanza de que algún día todo cambiaría. Una de sus pacientes se manejaba en los estudios Egrem de La Habana, pasándole en cassette los discos de Silvio Rodríguez y Pablo Milanés. Se mantenía en contacto con varios colegas de España de su misma especialidad , estos le enviaban revistas médicas con artículos sobre los últimos avances, tanto en técnicas de quirófano como en el mismos procesos de seguimiento de las pacientes. Uno de estos profesionales, el Dr. Rivelles, le comentó por carta, más de una ocasión:

-cuando tenga una vacante en mi clínica, pues te aviso Pablo, mientras convalidas tus títulos en la universidad podrás asistirme como ayudante, yo té avalaré. Pablo no pensaba mucho en ello, vivía el día a día junto a Betty, compartiendo amor, vida y miserias.

Pablo y Blanca compartían su vida como lo hacen los recién casados, y además intentando de ahorrar unos dólares para poder volver a España lo antes posible. Ya habían comprobado la eficiencia de la embajada española en lo referente a auxiliar a sus súbditos, equiparable a nada. A no ser que se trate de un personaje importante, público, entonces incluso es posible que los responsables de esta institución se pongan incluso el traje de los domingos para recibirlos. Las colas al pie de una ventanilla con rejas, eso , lo dejamos solo para los don nadie, a modo de homenaje al español desconocido. En unos años, pocos, conseguirían su meta, lo cual no era del agrado de Lucrecia, ella deseaba tener a su hija cerca y a

los dólares que su yerno proporcionaba al sustento familiar, que junto a los ingresos de Joao hacían que fuesen casi unos privilegiados dentro del barrio.

Joao comprendía perfectamente a los dos jóvenes, él llegó a La Habana desde su Haití natal, y nunca dejó de pensar en su tierra, pero era un tipo con cabeza, aquí tenía una buena vida, la cual le permitía ser su propio jefe y manejarse libre. En su país, su amada tierra, siempre le estarían esperando el hambre y la miseria

Ernesto pasaba las noches tomando con sus amigos, presumiendo de yerno español, como si esa única condición fuese sinónimo de calidad de vida o de ser rico. Aunque no lo decía abiertamente, a él también le jodia que su hija marchara a España, por las mismas razones que a Lucrecia, su ex esposa. Le dejarían de caer en sus manos, los dólares que su hija Blanca le daba cada semana sin que Pablo se enterase, pues pasaba todo el día fuera de casa manejándose para conseguirlos y sabía que a él no le haría gracia que su esfuerzo acabara en una botella de ron.

Esta gran familia era una más, de las que cada día se buscaba la vida en la ciudad habanera, y digo gran, por que raro era el día que no pasaba por la casa de Cerro un primo o prima, para pillar algo, de no ser por tantos favores, hubiesen podido volver a España antes.

Un buen día, al regresar Rey de su trabajo diario, Betty lo esperaba en el pequeño patio de la entrada sentada en un pequeño taburete. Releía una carta cuyo sobre tenía el membrete de una de las mejores y más conocidas clínicas privadas de Barcelona(España), mientras lo hacía las lágrimas le caían por las mejillas. Sabía perfectamente que significaba la marcha de Rey, él no podía, ni deseaba renunciar a sus únicos sueños, después de tantos años. Cuatro meses después, nuestro Dr.

Reynaldo Azcorta, marchaba para España con el beneplácito de las autoridades y con todos los gastos ocasionados por su viaje a cargo de su nuevo jefe, él Dr. Rivelles. Pablo y Blanca todavía tardarían un par de años más en volver a la madre patria, pero lo que son las cosas de la vida, después de tanta lucha y trabajo en común, se divorciaron al año y medio de residir en España.

Juan, tío de Betty y Blanca, hermano de Lucrecia, tenía el curioso oficio de "pipero", repartía agua potable con el vehículo cisterna del ayuntamiento, "la Pipa". Este suministro extra de agua, era necesario debido a los cortes del suministro, tan habituales como los de luz. Este curioso trabajo de pipero y su especial forma de ser, le daban cierto ascendente en algunos lugares de la ciudad. Había llevado a cenar en más de una ocasión a su mujer Alisa y su hija quinceañera Anita, a El Castillo, baile, cena, espectáculo, todo lo mejor para los suyos. Sus dos sobrinas sentían un cariño especial por Juan, al igual que por el hermano de este, Jesús.

Desde el primer día estos dos hermanos, brindaron su sincera amistad y apoyo a Pablo. Cierta noche en casa de Juan, él y Pablo quedaron solos en el comedor tomando unos rones, hablaron de todo un poco, la familia, los hijos, en fin, ese habanecer que nos viene a dar una capacidad de filosofar, que sería imposible de conseguir a cualquier otra hora del día. Fue por ello que se atrevió el anfitrión a pedirle un gran favor a Pablo.

-Ya sabes como está la cosa Pablo, siempre luchando

-Si, claro, Juan, así estamos todos.

-Yo no quiero esto para mi hija Anita, chico, si tú me haces carta de invitación me voy pa España y trabajo duro para traerlas por reagrupación familiar.

-Tu veras Juan, pero piénsatelo bien, aquello no es lo que ustedes se piensan, allá hay que pagar por todo menos por respirar, un sueldo no da para mucho.

-Además chico, Blanca y yo no estamos para más gastos de papelicós, ahorramos todo lo que podemos, tu ya sabes.

A la mañana siguiente, ambos dos amanecieron tumbados en las hamacas del porche. La esposa de Juan, Alisa, despertó a Pablo con un beso en la mejilla y abrazándolo le espetó: _ni se te vaya a ocurrir hacerle carta de invitación a Juan. –_No te apures chica, tremendo lío tenemos Blanca y yo. _Tu sabes Pablo como es Juan, no duraría lejos de mi ni de su hija, ni un mes, no sabe estar sin la familia. _Lo sé Alisa, lo sé, no pases lucha, cuando despierte Juan, ni carajo recuerda lo que me pi- dio anoche.

En la mimá cuadra donde vivía Lucrecia con los recién casados, residía con su joven hija, una gran amiga de ella, una negra de delgada figura y de gran corazón. Pablo siempre recordaría aquel potaje de chicharos que preparó Gracia, a modo de bienvenida. Adela, hija de Gracia, tenía por esa época unos doce años de edad y ya era una gran atleta, años más tarde elevaría a los podios más altos el nombre de su país. Esta gran atleta llevaría en una de sus muñecas y durante algunos años, un reloj digital casio que Pablo le regaló para que cronometrara ella misma sus tiempos en pista.

Gracia únicamente pudo disfrutar de los éxitos de su hija hasta el "pre", hasta aquí aguantó con su larga y dolorosa enfermedad. Cada victoria, cada medalla, Adela las dedicaba a su mamá, esa ran mujer que fue Gracia.

En cierta ocasión, Pablo y Joao volvían de Pinar del Río, cuando decidieron parar el carro a la altura de una hilera de tamarindos, junto a la carretera. Debían ser las dos de la madrugada de un Domingo de Septiembre,

apenas Pablo se hubo encaramado a uno de los árboles, oyó un escopetazo muy cerca de él. Al parecer el guarda de aquel huerto tenía el sueño ligero y afortunadamente su puntería dejaba mucho que desear. Jamás Pablo corrió tan rápido en toda su vida , al llegar al carro y salir pitando cayó en la cuenta que había mojado los calzones. Aquella aventura quedó escondida en la memoria de ambos amigos, aunque a veces, cuando estaban solos, Joao se refería a él como mi gallego meón, solo por joder, Pablo sonreía y mandaba al negro al carajo.

Ese primer año de estancia en La Habana, fue para Pablo un constante aprendizaje de vida , un renacer. El venia del primer mundo, un trabajo ,un sueldo y a vivir, se convirtió en un cubano más, manejarse cada día como si fuese el último, era lo habitual.

El día que Blanca y Pablo se casaron el tío Juan les regaló un fin de semana en una de esas pensiones familiares, que tanto abundaban en la ciudad. La nevera llena de cervezas, una botellica de ron y una gran pizza. Fue una discreta pero emotiva luna de miel, ese fin de semana visitaron el zoo además de varios museos y dieron largos paseos por La Habana Vieja.

A veces Joao los montaba a todos en u viejo Buick y se marchaban a Vedado, pasando el Domingo con Reynaldo y Betty. Al doctor le encantaba compartir con Pablo, charlaban de cine, literatura, música y temas más trascendentales, mientras Joao se echaba una de sus largas siestas. Echaban la tarde tomando café, ron y algunos como Lucrecia, disfrutando de un Lancero Coibas de los que traía Joao de sus andanzas por la provincia Habana. Joao no fumaba, por lo que todo el tabaco "Popular" que daban por la cartilla, lo disfrutaba el resto de la familia. A Pablo le encantaba el sabor de ese cigarrillo, era lo más parecido al tabaco negro que él fumaba en España. Reynaldo tenía un padrastro, Santiago, ya viejito , que siempre había presumido de su herencia familiar allá en España , ya que según él, provenía de una de las familias más pudientes de Mataró, ciudad no muy alejada de Barcelona (Cataluña). El pobre anciano redactó una misiva dirigida a sus presuntos familiares, solicitándoles su herencia, por lo menos la parte que él creía le correspondía.

Entregó la carta a Pablo , para que este le pusiese franqueo y una vez en España la hiciese llegar a su destino. Pablo no quiso hacerle perder las esperanzas al viejo, quizás fuese eso lo que lo había mantenido vivo tras la muerte de la mamá de Reynaldo. El español cumplió con la promesa que le hizo al viejito, entregó la carta , aunque un par de años después de haber sido escrita.

La primera vez que Pablo pisó el aeropuerto Marti de La Habana, le vino a la mente una de las viejas historias familiares oídas desde niño. Parece ser que una rama de la familia por parte de madre hubo de dejar el país ,

debido a la guerra civil ocurrida en España(1936-1939), donde se perseguía y asesinaba a los perdedores. Se contaba en las reuniones familiares ,que se embarcaron padre,madre y los dos hijos , rumbo a la isla de Cuba, años más tarde circuló en la familia el rumor de que habían pasado a Venezuela, por aquel entonces tierra de bonanza y acogida de tantos y tantos españoles.

Una vez afincado en la ciudad, Pablo comprendió que La Habana engulle y se traga a los recién llegados sin piedad alguna y no es fácil sobrevivir a ella.

Reynaldo Azcorta, doctor en medicina y primero de su promoción, con 24 años y un par de zafras a sus espaldas, creía que le esperaba un futuro distinto al de otros muchos , que como él, terminaban su formación universitaria. Siempre junto a sus dos compañeros de carrera, Raúl y Janet, soñando con ser ellos quienes consiguiesen grandes logros para la patria. Había cumplido 50 años, no estaban los sueños y tampoco sus queridos amigos. Tenía tres hijos ya adultos, dos chicas y un muchacho, a los que nunca veía si no fuese por que aparecían de vez en cuando para pedirle dinero, y él claro está, no lo tenía. Las chicas eran fruto de su matrimonio con una mulatica de Centro Habana y el chico lo tuvo con su segunda pareja, una santiaguera brava y mal hablada. Con su pareja de los últimos años, Betty, compartía las alegrías y las penas cotidianas de una ciudad cada día más absorbente. Ya no le quedaban apenas ilusiones , es curioso que cuando estamos dispuestos a abandonar nuestros sueños, estos lleguen a cumplirse algunas veces. La clínica española que se lo llevaba para Barcelona , era buena prueba de ello. Un nuevo comienzo, sabiendo que además tendría que dejar lastres atrás, familia, amigos, Betty..... Ella, por su parte, pintaba cuando Blanca le traía los materiales pertinentes y los Domingos ponía algunas obras a la venta en diferentes puntos de la ciudad, Habana Vieja, malecón etc..., junto a otros artistas

De lo que ganaban trabajando en sus negocios, Pablo y Joao, salían adelante muchas familias con las que compartían trabajo y beneficios. Nunca faltaba una carne de puerco o café ,y sobre todo los medicamentos de Lucrecia para el asma. Por la época de Octubre, Betty tuvo varios altercados con las hijas de Rey, las encontró en la casa de Vedado registrando la casa a ver que podían vender.

Fue tal el escándalo que organizaron , que Reynaldo las abofeteó delante de Betty y les quitó las llaves de la casa.

Al contrario de lo que algunos turistas puedan pensar , hay épocas del año en las que el frío se deja sentir en La Habana. Cuando el agua y el viento la azotan, más vale buscar refugio rápidamente, ya que pareciera que el gran hacedor hubiese dejado todos los grifos abiertos, los del agua fría

Joao estacionó su carro en la calle Palatino, se dirigió a una bodega cercana donde Pablo lo esperaba para tratar un negocio. Salió del carro y aún no había recorrido unos metros, cuando se le vino encima tremenda tormenta que lo dejó calado hasta los huesos. _Que pasó mi negro, te hicieron bacalao. _Vete al carajo Pablito, jodedera de país, que ni el agua avisa. Pablo andaba siempre con una pequeña mochila y en ella portaba entre otras cosas, camisetas para cambiarse en casos como este. _Allallai viejo, tú debes ser el único negro mojón de La Habana jajaja. El negro, sonriendo, levantó a Pablo del piso tal fuese un bebé, una vez lo volvió a depositar en el suelo, el español sacó de su mochila una camiseta y se la entregó a su hermano. Aquella mañana no tuvieron actividad mercantil alguna, aparcaron sus traseros en sendos taburetes y pasaron el tiempo charlando, como no, sobre lo humano y lo divino, ya les dije, pura filosofía habanera.....

Cuando uno de sus hijos la abandona, La Habana se queda un poquitico más sola, y el sol al habanecer ya no ilumina igual el malecón. Adios Habana Adios.....